



## Capítulo 167 - ¿Podrías... Parar?

Felicia, que observaba la escena con ojo crítico, notó de inmediato algo extraño. Se quedó paralizada un instante, con una sonrisa pícaro formándose en sus labios mientras sus palabras salían con una mezcla de sorpresa e incredulidad. "Espera... ¿desde cuándo están... juntos?", preguntó Felicia, con la voz cargada de escepticismo mientras intentaba comprender lo que estaba sucediendo.

Vergil se giró ligeramente hacia ella, su expresión tranquila pero resuelta.

"Ha pasado una semana... No recuerdo exactamente cuándo, pero la verdad es que la reclamé. La tomé por completo."

Felicia se quedó sin palabras, con la boca ligeramente abierta mientras luchaba por procesar lo que acababa de decir.

"¿Qué?", preguntó en voz baja y llena de incredulidad, pero su expresión lo decía todo. Una vena le latía en la frente, como si su paciencia se agotara rápidamente. "Repite. Lo. Que. Acabas. De. Decir", murmuró, su aura se tornaba tan amenazante que parecía imposible, considerando que ya había admitido que tenía poca energía.

Vergil parpadeó, confundido, pero no había rastro de miedo en él. Ladeó la cabeza ligeramente, como si no comprendiera por qué estaba tan alterada. "Dije que la reclamé. Zafiro es mi mujer ahora. ¿Cuál es el problema, madre?", respondió con calma, aunque con un ligero tono provocador en su voz.





Felicia se quedó paralizada por un instante. Su aura se volvió aún más densa, y el suelo a su alrededor empezó a agrietarse, a pesar de que no hacía ningún esfuerzo consciente. Sus ojos ardían con una mezcla de conmoción, ira y pura posesividad maternal.

Vergil se giró completamente hacia ella, aún abrazando a Zafiro, quien permaneció en silencio, con las mejillas ligeramente sonrojadas. Sabía exactamente lo que se avecinaba: la expresión de Felicia era inconfundible. Era la mirada de una madre que se negaba a ser ignorada.

¿Cómo te atreves?! —estalló Felicia, y su voz resonó por el espacio. Dio un paso adelante, señalando a Vergil con un dedo acusador—. ¿Crees que puedes abandonarme así como así? ¡Soy tu madre! ¡Mi palabra es ley! ¿Y te atreves... te atreves a reclamar a una mujer sin siquiera pedirme permiso?

Vergil suspiró, como si estuviera tratando con un niño quisquilloso. «Madre, con el debido respeto... no tienes derecho a dictar mi vida amorosa».



Felicia abrió los ojos de par en par, con la cara enrojecida de furia. "¿No?! ¿No?!", prácticamente gritó, haciendo que Zafiro retrocediera un pequeño paso. Felicia se giró hacia Zafiro, señalándola con el dedo. "¡Y tú! ¿Qué hiciste para hechizar a mi hijo? ¡Jamás habría hecho algo así solo! ¡Debes estar bajo algún tipo de hechizo demoníaco!"

Zafiro finalmente levantó la barbilla, cruzándose de brazos y mirando a Felicia directamente a los ojos. "No necesito ningún hechizo, Felicia. Vergil me eligió por voluntad propia. Quizás porque soy más mujer de lo que tú jamás serás." Sonrió con audacia.

¿Más mujer?! ¿Cómo te atreves a insultarme?! ¡Soy su madre! —replicó Felicia, visiblemente ofendida—. ¡Es mi hijo! ¡Y nadie, NADIE, ¡puede reemplazarlo en mi corazón!



Vergil volvió a suspirar, frotándose la sien con la mano libre. «Madre, estás exagerando. Zafiro no intenta reemplazarte. Y, francamente, ya soy adulto. Puedo tomar mis propias decisiones». Miró a Zafiro, que ahora sonreía victoriosa. «Y gané la apuesta: es mía».

Felicia los miró a ambos, con una expresión que oscilaba entre la rabia y la frustración, antes de alzar las manos dramáticamente. "¡Esto es indignante! ¡Zafiro, tendrás noticias mías! Y tú, Vergil... ¡esto no ha terminado!" Su voz resonó en el aire, llena de indignación.

Antes de que alguno de ellos pudiera responder, una nueva voz, firme y rebosante de autoridad, cortó la tensión como una cuchilla.

"¿Qué es todo este alboroto innecesario?"

El sonido los paralizó a los tres al instante, como si el tiempo se hubiera detenido por un instante. Una presencia distintiva, inmensa e innegable llenó el espacio. La presión que emanaba de la voz era diferente a todo lo que conocían: no era ni demoníaca ni humana. Era algo puro, pero a la vez abrumador.



Felicia se giró bruscamente, abriendo mucho los ojos de sorpresa. «Rafael...», murmuró, con una mezcla de reconocimiento e incomodidad en su voz.

Un portal blanco surgió de la nada en el centro de la habitación, irradiando un resplandor etéreo, suave pero tan intenso que casi cegaba. Del portal emergió una figura tan imponente que incluso Zafiro, con toda su intrépida actitud, retrocedió instintivamente.

Una mujer cruzó la puerta, dominando el espacio con su presencia. Su corto cabello rosa enmarcaba un rostro impecable, que irradiaba gracia y una belleza casi sobrenatural. Su figura era de una elegancia imponente, envuelta



en un vestido blanco con un escote atrevido que desafiaba los conceptos terrenales de modestia. Seis alas angelicales, con plumas puras como la nieve, se extendían tras ella, emanando un aura de autoridad divina e inquebrantable.

Rafael descendió con gracia al suelo; la luz a su alrededor se atenuó ligeramente, aunque su imponente presencia permaneció intacta. Sus penetrantes ojos dorados recorrieron la habitación, analizando a cada persona como si fueran simples piezas de un tablero de ajedrez. Parecía serena, casi aburrida, pero su llegada hizo que la temperatura de la habitación bajara varios grados.

—¿Así que aquí es donde has decidido armar un alboroto tan ridículo? —preguntó Rafael, con la voz impregnada de un desdén apenas disimulado—. Francamente, Sephirothy, ¿así es como pasas el tiempo cuando deberías estar... callada? —Echó una mirada fugaz a Zafiro y Virgilio, como si los evaluara, aunque su rostro no delataba ninguna emoción.

—Putra celestial santurrona —replicó Zafiro, apretando los puños; su aura aún latía, pero impregnada de una clara cautela—. Vuelve a tu bendito palacio.

Rafael arqueó una ceja, y una leve sonrisa se dibujó en sus labios, aunque carente de calidez. «Audaz, Reina Demonio. Admirable, pero aun así insensata».

Felicia, aún conmovida por el repentino giro de los acontecimientos, intentó intervenir. «Rafael, esta situación es más complicada de lo que crees. Vete antes de que te mate», dijo Felicia, con la voz temblorosa por la ira y el cansancio persistente.

"Ah, Sephirothy...", suspiró Rafael, con una voz desbordante de condescendencia, casi maternal, mientras negaba con la cabeza, moviendo las alas con gracia y naturalidad. "Nunca aprendes, ¿verdad? Apenas puedes





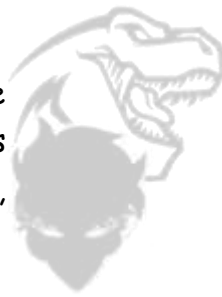
mantenerte en pie, pero persistes en alzarte contra mí. Duérmete, pequeño demonio."

Con un sutil movimiento de la mano, Rafael conjuró un orbe dorado de luz pura. La energía era densa y radiante, con un peso divino que parecía ahogar el aire a su alrededor. El orbe se disparó hacia Felicia, atravesando la habitación como una estrella fugaz.

Pero antes de que la luz pudiera alcanzar su objetivo, una presencia inesperada intervino.

"Parece que incluso los ángeles han olvidado los principios básicos de los modales", dijo Vergil, con voz firme pero con un innegable tono de desprecio.

Extendió la mano, y su palma abierta tocó el orbe en el aire. El impacto fue instantáneo, inundando la habitación con una luz cegadora de la que incluso las sombras parecieron alejarse. Al atenuarse el brillo, el orbe quedó suspendido, atrapado entre los dedos de Vergil.



El calor era insoportable, y el acre olor a carne quemada impregnaba el aire mientras el humo se elevaba de su mano, con una quemadura abrasadora evidente en la palma. Sin embargo, Vergil no se inmutó. Su mirada permaneció fija en Rafael, con una mezcla de desafío y desdén brillando en sus ojos.

Rafael arqueó una ceja, con expresión ligeramente sorprendida, pero serena. «Interesante...», murmuró, con una leve sonrisa burlona en las comisuras de los labios. «¿Te atreves a intervenir, hijo de Sefirotia? ¡Y con tanta insolencia!».

Vergil apretó el orbe con más fuerza, aplastándolo en una explosión de chispas doradas que se disiparon como estrellas fugaces. Bajó lentamente la mano,



ignorando la quemadura intensa en su piel, y dio un paso adelante, con su mirada gélida clavada en Rafael.

—Si has venido aquí a hacer alarde de tu supuesta autoridad, Featherbrain, te sugiero que reconsideres tus prioridades. Hoy no tengo paciencia para juegos angelicales —dijo con la voz cargada de veneno y la intensidad de su mirada amenazando con consumir a Rafael.

Rafael arqueó aún más la ceja, y una sonrisa juguetona se dibujó en sus labios. Con lentitud deliberada, se llevó los dedos a los labios, mordiéndolos suavemente mientras sus ojos dorados recorrieron a Vergil de pies a cabeza.

"Oh... qué adorable", dijo Rafael en tono provocador, casi un susurro, pero deliberadamente lo suficientemente alto para que todos lo oyeran. "Tanta audacia, tanta fuerza... Es justo mi tipo de hombre".

Zafiro puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos con evidente irritación. "Genial. Porque eso es justo lo que necesitamos ahora mismo... otra lunática enamorándose de Vergil".

"Uf... que todos mueran de una vez..." Otra voz resonó por la habitación, una voz cargada de agotamiento y melancolía. "¿Por qué es tan difícil mantener el control en este mundo miserable?"

El dueño de la voz dio un paso al frente, levantando un dedo con aire de resignada autoridad. El caos en la habitación se detuvo de golpe, como si se le hubiera ordenado a la realidad misma que se aquietara.

—Disculpen la interrupción... pero, si me lo permiten... ¿Podrían parar, por favor? —preguntó la mujer con un tono plano pero cortante, como si estuviera irritada y completamente harta.

